

La historia es cosa seria. Dicen que la gente vive y muere por su historia; más cierto es que la gente vive, se desvive y mata, y que ya entrados en gastos, la historia es una más de las maneras de dar por zanjado lo inentendible (la vida, la muerte). Pero es claro que la historia no es cosa de bromas. La disputan y celebran naciones, Estados, pueblos e individuos. Los gobiernos dictan leyes para regir su forma y contenido, y es con historia que se erigen categorías asaz morales como, por decir, «comunidad», «etnia», «pueblo», «identidad», «nosotros» y «los otros». Además, lo que es de la historia, los enigmas del tiempo, por siglos ha preocupado a filósofos e historiadores, pero seguiremos hablando de la manía humana de la memoria y el olvido. Eso sí, desde hace cien años celebrar y salvar memorias es un decreto tan mandamás como el hábito reciente de pedir perdón o pagar retribuciones históricas o de hacer justicia con la historia. Son muchos los milagritos que le colgamos a la túnica de la historia. Pero ¿y si la historia es un tejido de acertijos mal hilvanados?

Eso: con años de bregar en negocio tan serio, a ratos me ha parecido que escribir y enseñar historia es como malograr un buen acertijo. Ora por tener que huir del enigma al no poder abordarlo con todos los datos en la mano. Ora porque al explicarlo al detalle el acertijo se desvanece llevándose la incertidumbre y el desafío. A veces para producir un estudio sesudo y bien documentado, el historiador guarda en el cajón los acertijos porque, ¿qué historia puede relatarse dudando de todo o deteniéndose en los enigmas de cada dato o concepto? Mas si el historiador no posee un cajón de dudas, ¿qué historia puede contar? En fin, un verdadero enredo que cada historiador enfrenta como buenamente puede.

A la par de algunas investigaciones, he ido anotando los acertijos que me asaltan. Aquí los presento en crudo, en el único tono posible: ensayos a la vez humorísticos, historiográficos y literarios que mezclan pasado, presente y futuro. Son acertijos que se hinchan a lo largo del libro. La primera parte los enuncia; las otras los habitan con temas específicos y tratando de no matar las dudas con excesivos circunloquios teóricos o documentales. Pero confieso que *Historia y celebración* mezcla mis experiencias con mis lecturas, porque profeso que cualquier método es ante todo vivir y leer: lecturas filtradas por vivencias, vida vivida con lecturas.

Las celebraciones pasadas, presentes y futuras han sido la ventana historiográfica que he venido explorando en la última década. Cuando comencé a trabajar la era de los centenarios (1870-1925) no pensé que estaba por caer la era de los bicentenarios. Ya estamos aquí. Buen momento para computar qué hemos aprendido. Como es claro, 2010 es una excelente excusa para echar a andar estas reflexiones. Espero que el lector perdone el oportunismo.

Los temas que abordo más que ser de historia de México son de historia vista desde México. Atienden a la historia en tanto conocimiento moderno, por ello disertan sobre el cómo recordar y el cómo contar, sobre el valor ético y político de la historia, la nación y el Estado (Parte II). Mi tema también es la peculiar estructura mítica y narrativa de la historia de México que es, por fuerza, más que mexicana (Parte III). Por tanto, mi ensayar también toca a Estados Unidos, ese otro acontecer invisible pero esencial para relatar la historia de «México». Hablo, pues, de los hacedores de la idea «México, dentro y fuera». Éstos, además de leer a la nación como una historia más que nacional, son los motivos centrales de las últimas dos partes de este libro.

En fin, éstas son piezas que tratan de empujar los límites de la imaginación histórica que habitamos. Por ello son irreverentes pero, espero, también útiles: ojalá estas reflexiones pongan sobre la mesa y en entredicho los incuestionables del sentido, público y académico, de la historia.

Una última aclaración. El estilo de cada pieza no es un accesorio; no sé si hubiera podido tratar estos temas sin la liber-

tad que ofrecen el ensayo, la ironía y las paradojas. Aunque el estilo me libera, cavilar en acertijos tiene sus límites. Lo mío no aspira a esos tratados teóricos en cuyos títulos los estudiosos serios se dejan la inteligencia –ventriloquia del actual hablar académico sería un título como *Historizando celebraciones, celebrando la historización: hacia una teoría de la posbicentennialidad*–. Este libro no es tan serio. Tampoco toca el laúd del sol negro de Nerval. Lo mío es más modesto que el primor académico o que un rozar el umbral del conocimiento moderno (la historia, el que más). Gasto un desvergonzado salvarme a través de la ironía y gracias a conspicuas certezas derivadas de mi oficio innoble de profesor de historia. Sostengo, eso sí, una búsqueda de futuros de alguna manera posibles sin sentirme teórico de nada ni seguidor de nadie. Si no convengo empírica o intelectualmente, que al menos se pruebe lo que Luigi Pirandello decía del humorista: el verdadero no tiene héroes.

El Centro de Investigación y Docencia Económicas, en México, el Departamento de Historia de la Universidad de Texas y el Departamento de Historia de la Universidad de Chicago, me han apoyado generosamente. Gracias otra vez. Agradezco a mis estudiantes, en México, Austin, Jerusalén y Chicago, la colaboración para pensar en alta voz y a coro lo que aquí se cuenta. Carlos Bravo Regidor me brindó su ayuda en la traducción, edición y crítica de varias partes. Gracias. Paola Morán, por algún tiempo mi editora en el Fondo de Cultura Económica, siempre tuvo fe en este libro. Patrick Iber me brindó tijeras cuando más se necesitan. Thomas Bender, Helena Bomeny, Dain Borges, Anna Sofía Cardenal, Judith Coffin, Enrique Fierro, Nuria Font, Sylvia Gómez, Wang Hui, Navid Kermani, Emilio Kourí, Jean Meyer, Pablo Mijangos, Ariel Rodríguez Kuri, Beatriz Rojas, James Sidbury, Sanjay Subrahmanyam, David Thelen, Ida Vitale y Víctor Farías Zurita me escucharon y de alguna manera participaron en la escritura de las partes de este libro. Gracias. No tienen culpa de nada de lo que aquí se diga. Fernando Escalante no ha cesado de animarme a dejar las reflexiones en acertijos y a guardar lo otro para «tus amigos

historiadores»; él, como pocos, reconoce lo que sabía un danés: quítale las paradojas al pensador y te queda un profesor. Por ello, sin deberla ni temerla, Fernando apadrina estos enigmas de andar por casa.